

Lo imaginario.

Jean-Paul Sartre.

Psicología fenomenológica de la imaginación. Buenos Aires, Losada, 1976³ (Traducción de Manuel Lamana).

Título del original en francés: *L'imaginaire. Psychologie phénoménologique de l'imagination* (Paris, Gallimard, 1940)

11 [Los números en negrita en el margen izquierdo indican el comienzo de página en la edición utilizada para la transcripción]

PRIMERA PARTE

LO CIERTO

ESTRUCTURA INTENCIONAL DE LA IMAGEN

El fin de esta obra es describir la gran función “irrealizante” de la conciencia o “imaginación” y su correlativo noemático, lo imaginario.

Nos hemos permitido emplear la palabra “conciencia” con un sentido un poco distinto del que habitualmente recibe. Para las estructuras psíquicas, la expresión “estado de conciencia” implica una especie de inercia, de pasividad que nos parece incompatible con los datos de la reflexión. Emplearemos el término “conciencia”, no para designar la mónada y el conjunto de sus estructuras psíquicas, sino para nombrar a cada una de estas estructuras en su particularidad concreta. Hablaremos, pues, de conciencia de imagen, de conciencia perceptiva, etc., inspirándonos en uno de los sentidos alemanes de la palabra *Bewusstsein*.

13

I

DESCRIPCIÓN

I. EL MÉTODO

A pesar de algunos prejuicios sobre los cuales tendremos que volver muy pronto, es cierto que, cuando produzco en mí la imagen de Pedro, Pedro es el objeto de mi conciencia actual. En tanto que esta conciencia se mantenga inalterada, podré hacer una descripción del objeto tal y como se me aparece en la imagen, pero no de imagen en tanto que tal. Para determinar

las características propias de la imagen como imagen, hay que recurrir a un nuevo acto de conciencia: hay que *reflexionar*. La imagen como imagen no es, pues, descriptible más que por medio de un acto de segundo grado según el cual la mirada se desvía del objeto y se dirige a la manera de estar dado de este objeto. Es este acto reflexivo el que permite formular el juicio “tengo una imagen”.

Debemos repetir aquí cosas que ya sabemos desde Descartes: una conciencia reflexiva nos entrega datos absolutamente ciertos; el hombre que, en un acto de reflexión, toma conciencia de “tener una imagen”, no se puede equivocar. Sin duda algunos psicólogos afirman que, llevado al límite, no podríamos distinguir entre una imagen intensa y percepción débil. Tichener llaga a invocar determinadas experiencias en apoyo de esta tesis. Pero más adelante veremos cómo estas afirmaciones descansan sobre un error. De hecho, la confusión es imposible, lo que se llama “imagen” se da inmediatamente como tal reflexión. Pero no se trata aquí de una revelación metafísica e inefable. Si estas conciencias se distinguen inmediatamente de todas las demás, es que se presentan a la reflexión con ciertas maracas, con ciertas características que inmediatamente determinan un juicio “tengo una imagen”.

14

El acto de reflexión tiene, pues, un contenido inmediatamente cierto que llamaremos *esencia* de la imagen. Esta esencia es la misma para todos; la primera tarea del psicólogo consiste en explicarla, describirla, fijarla

Puede entonces preguntarse de dónde proviene la extrema diversidad de las doctrinas. Los psicólogos deberías ponerse de acuerdo por poco que se refiriesen este saber de inmediato. Contestaremos nosotros que la mayor parte de los psicólogos no se refieren a él ante todo. Mantienen el saber en estado implícito y prefieren construir hipótesis explicativas referentes a la naturaleza de la imagen¹. Éstas, como todas las hipótesis científicas, no tendrán nunca más que cierta probabilidad: son ciertos los datos de la reflexión.

Todo nuevo estudio dedicado a las imágenes tiene, pues, que comenzar con una distinción radical: una cosa es la *descripción* de la imagen y otra las *inducciones* que interesen a su naturaleza. Al pasar de la una a las otras se va de lo cierto a lo probable. Evidentemente, el primer deber del psicólogo consiste en fijar por medio de conceptos el saber inmediato y cierto.

Dejaremos las teorías de lado. De la imagen sólo queremos saber lo que la reflexión nos enseña. Más adelante como los demás psicólogos, trataremos de encontrarle una “familia”, y formaremos hipótesis sobre su naturaleza íntima. De momento sólo queremos intentar una “fenomenología” de la

¹ Cf. Nuestro estudio crítico *L'Imagination*, Alcan, 1936

imagen. El método es simple: producir imágenes en nosotros, reflexionar sobre ellas, describirlas, es decir, tratar de determinar y de situar sus características distintivas.

II. PRIMERA CARACTERÍSTICA: LA IMAGEN ES UNA CONCIENCIA

En cuanto consideremos la reflexión, veremos que cometíamos hasta aquí un error doble. Sin darnos ni siquiera

15

cuenta, pensábamos que la imagen estaba *en* la conciencia y que el objeto de la imagen estaba *en* la imagen. Nos figurábamos la conciencia como un lugar poblado por pequeños simulacros y esos simulacros eran las imágenes. Sin duda alguna, el origen de esta ilusión se tiene que buscar en nuestra costumbre de pensar en el espacio y con términos de espacio. La llamaremos: *ilusión de inmanencia*. Su expresión más clara se encuentra en Hume.

Hume acaba de distinguir las impresiones y las ideas:

“Podemos llamar *impresiones* a las percepciones que penetran con más fuerza y violencia....; por *ideas* entiendo las débiles imágenes de las primeras en el pensamientos y razonamiento...”²

Estas ideas no son más que lo que nosotros llamamos *imágenes*. Pues unas páginas después añade:

“...Formarse una idea de una objeto y formarse una idea, simplemente, es lo mismo, porque el hecho de tratarse de un objeto no es para la idea más que una denominación extrínseca de la cual no lleva en sí misma ni marca ni característica alguna. Ahora bien, como es imposible formarse una idea de una objetos que tenga calidad y cantidad, y que, sin embargo, no sea un ningún grado determinado de la una ni de la otra, resulta que también es imposible formarse una idea que no esté limitada por estos dos puntos”³.

Mi idea actual de silla tiene, pues, relación con una silla existente sólo desde fuera. La silla que yo he percibido antes no es la de mundo exterior; no es esta silla de paja o de madera la que habrá de permitir que distinga mi idea de las ideas de mesa o de tintero. Sin embargo, mi idea actual es sin duda una idea *de* silla. ¿Qué quiere decir esto, sino que, para Hume, la idea de silla y la silla en idea son una sola y la misma cosa? Tener una idea de la silla es tener una silla en la conciencia. Lo que lo prueba es que aquello que sirve para el objeto sirve también para la idea. Si el objeto tiene que tener una cantidad y una

16

² HUME, *Tratado de la naturaleza humana*

³ ID., *Ibíd.*

cualidad determinadas, la idea tiene que poseer también esas determinaciones.

La mayor parte de los psicólogos y de los filósofos han adoptado este punto de vista. Es que es también el del sentido común. Cuando digo que “tengo una imagen” de Pedro, piensan que tengo ahora cierto retrato de Pedro en la conciencia. El objeto de mi conciencia actual sería precisamente este retrato, y a Pedro, el hombre de carne y hueso, sólo lo alcanzaría muy indirectamente, de una manera “extrínseca”, por el solo hecho de ser el que representa este retrato. Igualmente, puedo contemplar detenidamente en una exposición un retrato por sí mismo, sin ver que la en la parte inferior del cuadro está escrito “Retrato de Pedro Z...”. Con otras palabras, una imagen está implícitamente asimilada en el objeto material que representa.

Lo que puede sorprender es que nunca se haya sentido la heterogeneidad de radical de la conciencia y de la imagen así concebida. Sin duda la ilusión de inmanencia se ha mantenido siempre en estado implícito. De no ser así, hubiérase comprendido que resulta imposible introducir esos retratos materiales en una estructura sintética consciente sin destruirla, cortar los contactos, detener transparente para sí misma; su unidad quedaría rota por todas las partes por unas pantallas opacas, inasimilables. Los trabajos de Spaier, Bühler, Flach han agilizado en vano la noción de imagen, mostrándola viva, llena de afectividad y de saber; al pasar a la categoría de organismo, la imagen no deja de ser un producto inasimilable para la conciencia. Por esta razón, algunos espíritus lógicos, como F. Moutier⁴, han creído necesario negar la existencia de las imágenes mentales para salvar la integridad de la tesis psíquica. Esta solución radical se contradice con los datos de la introspección. Puedo, cuando quiero, pensar en imagen de un caballo, un árbol, una casa. Y sin embargo, si aceptamos la

17

ilusión del espíritu con unos objetos totalmente semejantes a los del mundo exterior y que, sencillamente obedecerán a otras leyes.

Dejemos de lado estas teorías y, para liberarnos de la ilusión de inmanencia, veamos qué nos enseña la reflexión.

Cuando percibo una silla, sería absurdo decir que la silla está *en* mi percepción. Según la terminología que hemos adoptado, la percepción es una determinada conciencia, y la silla es el objeto *de* esta conciencia. Ahora cierro los ojos y produzco la imagen de la silla que acabo de percibir. Al darse ahora la silla como imagen tampoco entraría -lo mismo que antes- *en* la conciencia. Una imagen de silla no es, no puede ser silla. En realidad, perciba yo esta silla de paja en la que estoy sentado, o la imagine, no deja de estar fuera de la conciencia.

⁴ F. MOUTIER, *L'aphasie de Broca (La afasia de Broca)*, Tesis de París, Steinhell, 1908. Cf., Pág. 244: “Rechazamos formalmente la existencia de imágenes”

En ambos casos está ahí, *en* el espacio, en esta habitación, frente a la mesa. Ahora bien –es, ante todo, lo que nos enseña la reflexión--, perciba yo o imagina esta silla, el objeto de mi percepción y el de mi imagen sin idénticos: es esta silla de paja en la que estoy sentado. Simplemente, la conciencia se *refiere* a esta misma silla de dos maneras diferentes. En ambos casos se trata de la silla en su individualidad concreta, en su corporeidad. Sólo que en uno de los casos la silla está "encontrada" por la conciencia; en el otro no lo está. Pero la silla no está en la conciencia. Ni siquiera en imagen. No se trata de un simulacro de silla, que habría penetrado de pronto en la conciencia y que no tendría más que una relación "extrínseca" con la silla existente; se trata de determinado tipo de conciencia, es decir, de una organización sintética directamente relacionada con la silla existente y cuya íntima esencia consiste precisamente en relacionarse de tal o cual manera con la silla existente.

¿Y qué es exactamente la imagen? Evidentemente, no es la silla; de una manera general, el objeto de la imagen no es imagen a su vez. ¿Diremos que la imagen es la organización sintética total, la conciencia? Pera esta conciencia es una naturaleza actual y concreta, que existe en sí, por sí y que siempre se podrá entregar sin intermediario a la reflexión.

18

La palabra imagen no podría, pues, designar más que la relación de la conciencia con el objeto: dicho en otras palabras, es una manera determinada que tiene el objeto de aparecer a la conciencia, o, si se prefiere, una determinada manera que tiene la conciencia de darse un objeto. A decir verdad, la expresión de imagen mental se presta a confusión. Más valdría decir "conciencia de Pedro-en-imagen" o "conciencia imaginante de Pedro". Como la palabra "imagen" cuenta con una larga hoja de servicios, no podemos desecharla completamente. Pero, para evitar toda ambigüedad, recordemos aquí que una imagen no es más que una relación. La conciencia imaginante que tengo de Pedro no es conciencia de la imagen de Pedro: Pedro está alcanzado directamente, mi atención no está dirigida a una imagen, sino a un objeto⁵.

En la trama de los actos sintéticos de la conciencia aparecen, pues, por momentos determinadas estructuras que llamaremos conciencias imaginantes. Nacen, se desarrollan y desaparecen según unas leyes que les son propias y que no vamos a tratar de determinar. Y sería grave error confundir esta vida de la conciencia imaginante que dura, se organiza, se desagrega, con la del objeto de esta conciencia que, mientras, tanto, puede seguir siendo inmutable.

⁵ Se puede caer en la tentación de oponerme los casos en que evoco la imagen de un objeto que no tiene existencia real fuera de mí. Pero precisamente la Quimera no existe "en imagen". No existe ni así ni de ninguna otra manera.

III. SEGUNDA CARACTERÍSTICA EL FENÓMENO DE CASI OBSERVACIÓN

Al empezar este estudio, creíamos que tendríamos que ocuparnos de imágenes, es decir, de elementos de conciencia. Ahora vemos que nos estamos ocupando de conciencias completas, es decir, de estructura complejas que “intencionan” a determinados objetos. Veamos si la reflexión no nos puede enseñar más sobre estas conciencias.

19

Lo más simple sería considerar la imagen en relación con el concepto y con la percepción. Percibir, concebir, imaginar, son en efecto los tres tipos de conciencia por las cuales nos puede ser dado un mismo objeto.

En la percepción, *observo* los objetos. Entiéndase con lo dicho que aunque el objeto entre por entero en mi percepción, nunca está dado más que de un lado a la vez. El ejemplo del cubo es conocido:

No puedo saber qué es un cubo hasta que no he aprehendido sus seis caras; en rigor, puedo ver tres caras a la vez, pero no más. Es, pues, necesario que las aprehenda sucesivamente. Y cuando, por ejemplo, paso de la aprehensión de las caras A B C a la de las caras B C D, siempre existe la posibilidad de que la cara A sea aniquilada durante mi cambio de posición. La existencia del cubo, pues, se mantendrá dudosa. Tenemos que observar al mismo tiempo que cuando veo tres caras del cubo a la vez, estas tres caras nunca se me presentan como cuadrados: sus límites se achatan, sus ángulos se vuelven obtusos; y tengo que reconstruir su naturaleza de cuadrados a partir de las apariencias de mi percepción. Todo esto se ha dicho cien veces: lo propio de la percepción es que el objeto nunca aparezca más que en una serie de perfiles, de proyecciones. El cubo sin duda me está presente, lo puedo tocar, puedo verlo; pero siempre lo veo de una manera determinada que recuerda y excluye a la vez una infinidad de otros puntos de vista. Hay que *aprender* los objetos, es decir, multiplicar sobre ellos los puntos de vista posibles. El objeto mismo es la síntesis de todas estas apariciones. La percepción de un objeto es, pues, un fenómeno con una infinidad de facetas. ¿Qué significa esto para nosotros? La necesidad de dar la vuelta alrededor de los objetos, de esperar, como dice Bergson, a que se “disuelva el azúcar”.

Por el contrario, cuando *pienso* en el cubo por un concepto concreto,⁶ pienso sus seis lados y sus ocho ángulos a la vez; pienso que sus ángulos son rectos, sus lados cuadrados.

20

⁶ La existencia de tales conceptos ha sido negada a veces. Sin embargo, la percepción y la imagen presuponen un saber concreto sin imagen y sin palabras.

Estoy en el centro de mi idea, la aprehendo por entero una sola vez. Lo que naturalmente no quiere decir que mi idea no tenga que ser completada con un progreso infinito. Pero puedo pensar las esencias concretas en un solo acto de conciencia; no tengo que restablecer apariencias, no tengo que hacer aprendizajes. Tal es sin duda la diferencia más neta entre el pensamiento y la percepción. Por eso nunca podremos percibir un pensamiento ni pensar una percepción. Se trata de fenómenos radicalmente distintos: unos, saber consciente de sí mismo, que se coloca de golpe en el centro de un objeto, el otro, unidad sintética de una multiplicidad de apariencias, que hace su aprendizaje lentamente.

¿Qué diremos de la imagen? ¿Es aprendizaje o saber? Observemos ante todo que parece estar “del lado” de la percepción. Tanto en la una como en la otra, se da el objeto por perfiles, por proyecciones, por lo que llaman los alemanes con palabra justa “Abschattungen”. Solo que ya no tenemos que darle vuelta: el cubo en imagen se da inmediatamente por lo que es. Cuando digo: “el objeto que percibo es un cubo”, formulo una hipótesis que me puede obligar a abandonar el curso ulterior de mis percepciones. Cuando digo: “el objeto cuya imagen tengo en este momento es un cubo”, formulo un juicio de evidencia: es absolutamente cierto que el objeto de mi imagen es un cubo. ¿Qué quiere decir esto? En la percepción se forma lentamente un saber; en la imagen, el saber es inmediato. Vemos desde este instante que la imagen es un acto sintético que une a unos elementos más propiamente representativos un saber concreto, no de imágenes. Una imagen no se aprende: está organizada exactamente como los objetos que se aprenden, pero, de hecho, se da por entero por lo que es, desde el momento de su aparición. El que se entretenga en hacer girar con el pensamiento un cubo-imagen, el que finja que le presenta sus diversas caras, al final de la operación no habrá logrado nada, no habrá aprendido nada.

Pero eso no es todo. Consideremos esta hoja de papel que está sobre la mesa. Cuanto más la miremos, más particularidades nos revelará.

21

Cada nueva orientación de mi atención, de mi análisis, me revela un nuevo detalle: el borde superior de la hoja está ligeramente curvado; en la tercera línea, el trazo pleno acaba en un punteado..., etc. Ahora bien, puedo guardar cuanto quiera una imagen ante mi vista, que nunca encontraré lo que haya puesto en ella. Esta observación es de una importancia capital para distinguir la imagen de la percepción. En el mundo de la percepción, no puede aparecer ninguna “cosa” que no mantenga con las demás cosas una infinidad de relaciones. Más aún, esta infinidad de relaciones –al mismo tiempo que la infinidad de relaciones que sus elementos sostienen entre sí–, la que constituye la esencia misma de una cosa. De aquí lo

desbordante que hay en el mundo de las “cosas”: siempre, en cada instante, hay infinitamente más que no podemos ver; para agotar las riquezas de mi percepción actual, sería necesario un tiempo infinito. No nos equivoquemos: esta manera de “desbordar” es constitutiva de la naturaleza misma de los objetos. Esto es lo que se entiende cuando se dice que un objeto no podría existir sin una individualidad definida; hay que comprender: “sin mantener una infinidad de relaciones determinadas con la infinidad de los otros objetos”.

Ahora bien, en la imagen, por el contrario, hay una especie de pobreza esencial. Los diferentes elementos de una imagen no mantienen ninguna relación con el resto del mundo y no mantienen entre sí más que dos o tres relaciones, por ejemplo, las que yo he podido verificar, o las que ahora me interesa retener. No es que las otras relaciones existan en sordina, que esperen, que se dirige hacia ellas un haz luminoso. No, no existen en absoluto. Por ejemplo, los colores que mantuvieran en la realidad una relación determinada de discordancia pueden coexistir en imagen sin que mantengan entre sí ninguna especie de relación. Los objetos no existen sino en tanto que se piensan. Esto sería incomprensible para todos aquéllos que hacen de la imagen una percepción renaciente. Es que, en efecto, no se trata en absoluto de una diferencia de intensidad; sino que los objetos del mundo de las imágenes no podrían existir de ninguna manera en el mundo de la

22

percepción; no cumplen con las condiciones necesarias.⁷

En una palabra, el objeto de la percepción desborda constantemente de la conciencia; el objeto de la imagen nunca es nada más que la conciencia que de ello se tenga; se define por esta conciencia: de una imagen no se puede aprender nada que no se sepa ya. Sin duda, puede ocurrir que una imagen-recuerdo se presente de improviso, nos dé un rostro, un lugar inesperados. Pero, incluso en este caso, se da de una vez a la intuición, entrega de una vez lo que es. Si yo viese este césped, tendría que estudiarlo mucho antes de saber de dónde proviene. En el caso de la imagen, lo sé inmediatamente: es el césped de tal prado, que está en tal lugar. Y este origen no se deja descifrar en la imagen; en el acto mismo que me da el objeto en imagen está incluido el conocimiento de lo que es. Sin duda se objetará el caso un tanto raro en que una imagen-recuerdo mantiene el anonimato; vuelvo a ver de pronto un triste jardín bajo un cielo gris y me resulta imposible saber dónde y cuándo he visto ese jardín. Pero, sencillamente, es una determinación que falta en la imagen y ninguna observación, por prolongada que sea, podrá dar el conocimiento que me falta. Si encuentro el nombre del jardín, poco después, lo será

⁷ Jaensch lo ha comprendido muy bien: llevando hasta el final la teoría de las percepciones reviviscentes, hacía de la imagen eidética un objeto que podía ser observado y aprendido.

por medio de procedimientos que no tienen nada que ver con la pura y simple observación: la imagen ha dado de una vez cuanto poseía.⁸

El objeto se presenta, pues, en la imagen como teniendo que ser aprehendido en una multiplicidad de actos sintéticos. Por esta razón, y porque su contenido guarda, como un fantasma, una opacidad sensible, porque no se trata de esencia ni leyes generadoras, sino de cualidad irracional, parecer ser el objeto de observación; según este punto de vista,

23

la imagen estaría más próxima de la percepción que del concepto.

Pero, por lo demás, la imagen no enseña nada, nunca da la impresión de algo nuevo, nunca revela una cara del objeto. Lo entrega de una vez. No hay peligro, no hay espera, es una certeza. Me puede engañar mi percepción, pero no mi imagen. Nuestra actitud en relación con el objeto de la imagen se podría llamar "*casi-observación*". En efecto, estamos colocados en la actitud del observador, pero es una observación que no enseña nada. Si me doy en imagen la página de un libro, estoy en la actitud del lector, miro las líneas impresas. Pero no *leo*. Y, en el fondo, ni siquiera miro, porque ya sé lo que está escrito.

Se puede tratar de explicar esta propiedad característica de la imagen sin abandonar el terreno de la descripción pura. En la imagen, en efecto, una conciencia determinada se da un objeto determinado. El objeto es, pues, correlativo de un determinado acto sintético que, entre sus estructuras, comprende un determinado saber y una determinada "*intención*". La intención está en el centro de la conciencia: es ella la que trata de alcanzar al objeto, es decir, que le constituye por lo que es. El saber, que está indisolublemente unido a la intención, precisa que el objeto es tal o cual, añade determinaciones sintéticamente. Constituir en sí una conciencia determinada de la mesa como imagen es al mismo tiempo constituir la mesa como objeto de una conciencia imaginante. El objeto en imagen es, pues, contemporáneo de la conciencia que yo tomo de él y está exactamente determinado por esta conciencia: en él solo comprende aquello de que yo tengo conciencia; pero, inversamente, cuanto constituye mi conciencia encuentra su correlativo en el objeto. Mi saber no es más que un saber del objeto, un saber *relacionado* con el objeto. En el acto de conciencia, el elemento representativo y el elemento de saber están unidos en un acto sintético. El objeto correlativo de ese acto se constituye, pues, a la vez como objeto concreto, sensible, y como objeto del saber. Resulta de ello la paradójica consecuencia de estarnos presentes el objeto

⁸ Lo que aquí puede engañar es: a) El uso que se hace de la imagen en el lenguaje matemático. Muchos creen que percibimos *en* la imagen nuevas relaciones entre las figuras; b) Los casos en que la imagen comporta una especie de enseñanza efectiva. Consideramos más adelante estos diferentes casos..

a la vez desde dentro y desde fuera. Desde fuera, porque lo observamos; desde dentro, porque

es *en él* donde vemos lo que es. Por esta razón, unas imágenes extremadamente pobres y truncadas, reducidas a algunas determinaciones del espacio, pueden tener para mí un sentido rico y profundo. Y este sentido está ahí, inmediato, *en* estas líneas, se da sin que sea necesario descifrarlo. Por esta razón también, el mundo de las imágenes es un mundo donde no *ocurre* nada. Puedo hacer evolucionar a mi gusto, en imagen, tal o tal objeto, hacer girar un cubo, hacer crecer una planta, correr un caballo, y nunca se producirá ni la menor separación entre el objeto y la conciencia. No hay ni un segundo de sorpresa: el objeto que se mueve no está vivo, *nunca precede a la intención*. Pero tampoco es inerte, pasivo, “actuado” desde fuera como una marioneta: *la conciencia nunca precede al objeto*, la intención se revela a ella misma al mismo tiempo que se realiza, en y por su realización.⁹

IV. CUARTA CARACTERÍSTICA:

LA CONCIENCIA IMAGINANTE PROPONE SU OBJETO COMO UNA NADA

Toda conciencia es conciencia *de* algo. La conciencia irreflexiva trata de alcanzar objetos heterogéneos a la conciencia. Por ejemplo, la conciencia imaginante de árbol trata de alcanzar un árbol, es decir, un cuerpo que por naturaleza es exterior a la conciencia: la conciencia sale de sí misma, se trasciende.

Si queremos describir esta conciencia, como hemos visto tenemos que producir una nueva conciencia llamada “reflexiva”. Porque la primera es totalmente conciencia de árbol. Sin embargo, hay que tener cuidado: toda conciencia es conciencia

de punta a punta. Si la conciencia imaginante de árbol, por ejemplo, no fuese consciente sino como objeto de la reflexión, resultaría que en estado irreflexivo sería inconsciente de sí misma, lo que es una contradicción. No teniendo más objeto que el árbol en imagen y no siendo ella misma objeto sino para la reflexión, tiene, pues, que encerrar una determinada conciencia de sí misma. Diremos que posee de sí misma una conciencia immanente y no-tética. Pero resulta evidente que nuestra descripción de la conciencia imaginante sería muy incompleta si no tratásemos de saber:

⁹ En los confines de la vela y del sueño, existen algunos casos un tanto raros que podrían pasar como resistencias de imágenes. Por ejemplo, me ocurre que vea a un objeto indeterminado girando sobre sí mismo en el sentido de las agujas del reloj, sin poder detenerlo ni hacer que gire en sentido inverso. Diremos unas palabras a propósito de estos fenómenos cuando estudiemos las imágenes hipnagógicas con las que están emparentadas.

1) Cómo *propone* su objeto la conciencia irreflexiva.

2) Cómo se aparece a sí misma esta conciencia en la conciencia no-tética que acompaña a la posición de objeto.

La conciencia trascendente de árbol en imagen propone el árbol. Pero lo propone *en imagen*, es decir, de una determinada manera que no es la de la conciencia perceptiva.

Se ha procedido muchas veces como si la imagen estuviese ante todo constituida según el tipo de la percepción y como si algo (reductores, saber, etc.) interviniese después para volver a colocarla en su sitio de imagen. El objeto en imagen estaría, pues, constituido en primer lugar en el mundo de las cosas para *luego* ser expulsado de este mundo. Pero esta tesis no está de acuerdo con los datos de la descripción fenomenológica; además, hemos podido ver en otra obra que si la percepción e imagen no son distintas por naturaleza, si sus objetos no se dan a la conciencia como *sui generis*, no nos quedaría ningún medio para distinguir estas dos maneras de darse los objetos; en una palabra, hemos visto la insuficiencia de los criterios externos de la imagen. Es, pues, necesario –ya que podemos hablar de imágenes, ya que este término mismo tiene un sentido para nosotros– que la imagen, tomada en ella misma, encierre en su naturaleza íntima un elemento de distinción radical. Una investigación reflexiva va a hacernos encontrar este elemento en el acto posicional de la conciencia imaginante.

Toda conciencia propone su objeto, pero cada una tiene

26

su manera de hacerlo. La percepción, por ejemplo, propone su objeto como existiendo. La imagen encierra a su vez un acto de creencia o acto posicional. Este acto puede tomar cuatro formas, y sólo cuatro: puede proponer el objeto como inexistente, o como ausente, o como existente en otro lugar; también se puede “neutralizar”, es decir, no proponer su objeto como existente¹⁰. Dos de estos actos son negaciones; el cuarto corresponde a una suspensión o neutralización de la tesis. El tercero, que es positivo, supone una negación implícita de la existencia actual y presente del objeto. Estos actos posicionales –esta observación es capital– no se superponen sobre la imagen una vez que está constituida; el acto posicional es constitutivo de la conciencia de la imagen. Toda otra teoría, en efecto, además de ser contraria a los datos de la reflexión, nos haría caer en la ilusión de inmanencia.

Esta posición de ausencia o de inexistencia no se puede encontrar sino en el plano de la *casi-observación*. Por una parte, en efecto, la percepción propone la existencia de su objeto; por otra parte, los conceptos, el saber proponen la existencia de *naturalezas* (esencias universales) constituidas por relaciones y son indiferentes a la existencia “de carne y hueso” de los

¹⁰ Esta suspensión de la creencia se mantiene como acto posicional.

objetos. Pensar el concepto “hombre”, por ejemplo, no es más que proponer una esencia, ya que, como dice Spinoza:

“La verdadera definición de cada cosa no comprende y no expresa más que la naturaleza de la cosa definida, de donde se deduce la observación siguiente: que ninguna definición comprende y expresa a un número determinado de individuos...”¹¹.

Pensar Pedro en un concepto concreto es también pensar un conjunto de relaciones. Entre estas relaciones se pueden encontrar determinaciones de lugar (Pedro está de viaje, en Berlín, es abogado en Rabat, etc.). Pero estas determinaciones añaden un elemento positivo a la naturaleza concreta “Pedro”; nunca tienen el carácter privativo, negativo de los actos posicionales de la imagen. Las

27

palabras “ausente”, “lejos de mí”, sólo pueden tener un sentido en el terreno de la intuición sensible que se da como no pudiendo tener lugar. Por ejemplo, si se me aparece bruscamente la imagen de un muerto a quien yo quería, no es necesario hacer una “reducción” para que sienta un golpe desagradable en el pecho: este golpe forma parte de la imagen, es la consecuencia directa de que la imagen dé su objeto como una nada de ser.

Existen sin duda juicios de percepción que implican un acto posicional neutralizado. Es lo que ocurre cuando veo a un hombre que viene hacia mí y digo “es posible que este hombre sea Pedro”. Pero precisamente esta suspensión de creencia, esta abstención concierne *al hombre que viene*. Este hombre, dudo que sea Pedro; no dudo pues que sea hombre. En una palabra, mi duda implica necesariamente una posición de existencia del tipo “un hombre viene hacia mí”. Por el contrario, decir “tengo una imagen de Pedro” equivale a decir no sólo “no veo a Pedro”, sino también “no veo nada”. El objeto intencional de la conciencia imaginante tiene de particular que no está ahí y que se ha propuesto como tal, o también que no existe y que se ha propuesto como inexistente, o que no se ha propuesto en absoluto.

Producir en mí la conciencia imaginante de Pedro es hacer una síntesis intencional que recoja en sí una multitud de momentos pasados, que afirme la identidad de Pedro a través de sus diversas apariciones y que se dé este objeto idéntico bajo un aspecto determinado (de perfil, de tres cuartos, de pie, el busto, etc.). Este aspecto es forzosamente un aspecto intuitivo; lo que trata de alcanzar mi intuición actual es a Pedro en su corporeidad, a ese Pedro que puedo ver, tocar, oír, en tanto que puedo verlo, oírlo, tocarlo. Es un cuerpo que está necesariamente a cierta distancia del mío, que tiene necesariamente una determinada posición respecto a mí. Sólo

¹¹ *Ética*, I, prop. VIII sc. II.

que ocurre que planteo que a ese Pedro que pude tocar, no lo toco. Mi imagen de él es una manera determinada de no tocarlo, de no verlo, una manera que tiene de *no estar* a tal distancia, en tal posición. La creencia, en la imagen, propone la intuición, pero no propone a Pedro. La característica

28

de Pedro no es ser no-intuitivo, como podríamos creer, sino ser “intuitivo-ausente”, dado ausente a la intuición. Se puede decir en este sentido que la imagen encierra una determinada nada. Su objeto no es un simple retrato, sino que se afirma; pero al afirmarse se destruye. Por muy viva, por muy fuerte, por muy sensible que sea una imagen, da su objeto como no siendo. Lo que no impide que después podamos reaccionar frente a esta imagen como si su objeto estuviese presente, frente a nosotros: veremos que puede ocurrir que frente a una imagen tratemos de reaccionar con todo nuestro ser como si fuese una percepción. Pero el estado ambiguo y falso a que así llegamos no hace más que poner mejor de relieve lo que acaba de ser dicho: en vano buscamos con nuestra *conducta* respecto de un objeto que nazca en nosotros la creencia de que realmente existe; podemos disimular durante un segundo, pero no destruir la conciencia inmediata de su nada.

V. CUARTA CARACTERÍSTICA: LA ESPONTANEIDAD

Como hemos dicho más arriba, la conciencia imaginante del objeto encierra una conciencia no-tética de sí misma. Esta conciencia, que se podría llamar transversal, no tiene objeto. No propone nada, no informa sobre nada, no es un conocimiento, es una luz difusa que la conciencia desprende por sí misma, o, para abandonar las comparaciones, es una cualidad indefinible que se une a cada conciencia. Una conciencia perceptiva se aparece como pasividad. Por el contrario, una conciencia imaginante se da a sí misma como conciencia imaginante, es decir, como una espontaneidad que produce y conserva al objeto en imagen. Es una especie de indefinible contrapartida, porque el objeto se da como una nada. La conciencia aparece como creadora, pero sin proponer como objeto a ese carácter creador. Gracias a esta cualidad vaga y fugitiva, la conciencia de imagen no se da como trozo de madera

29

flotando en el mar, sino como una ola entre las olas. Se siente conciencia de una a otra punta y homogénea con las otras conciencias que la han precedido y a las que está sintéticamente unida.

CONCLUSIÓN

Todavía podemos adquirir muchos más conocimientos ciertos sobre las imágenes. Pero para ello habrá que volver a situar a la imagen mental en medio de fenómenos que posean una estructura análoga, e intentar una descripción comparativa. Nos parece que la simple reflexión ha dado cuanto podía dar. Nos ha informado sobre lo que podría llamarse la estática de la imagen, sobre la imagen considerada como fenómeno aislado.

No podemos desconocer la importancia de estos informes. Si tratamos de agruparlos y de ordenarlos, en primer lugar se nos presenta que la imagen no es un estado, un residuo sólido y opaco, sino que es una conciencia. La mayor parte de los psicólogos creen encontrar la imagen haciendo un corte transversal en el corriente de la conciencia. Para ellos, la imagen es un elemento en una síntesis instantánea, y cada conciencia comprende o puede comprender una o varias imágenes; estudiar el papel de la imagen en el pensamiento es tratar de situar a la imagen en su lugar, entre la colección de objetos que constituyen la conciencia presente; en ese sentido pueden hablar de un pensamiento que *se apoya* en imágenes. Ahora sabemos que hay que renunciar a esas metáforas espaciales. La imagen es una conciencia *sui generis* que de ninguna de las maneras puede *formar parte* de una conciencia más vasta. No hay imagen en una conciencia que, además, del pensamiento, encierre signos, sentimientos, sensaciones. Pero la conciencia de imagen es una forma sintética que aparece como un determinado momento de una síntesis temporal y se organiza con otras formas de conciencia, que la preceden y al siguen, para formar una unidad melódica. Tan absurdo es decir que un objeto está dado

30

a la vez en imagen y concepto como hablar de un cuerpo que fuera a la vez sólido y gaseoso.

Esta conciencia imaginante puede ser llamada representativa en el sentido de que va a buscar su objeto al terreno de la percepción, y que trata de alcanzar los elementos sensibles que lo constituyen. Al mismo tiempo, se orienta en relación a él como la conciencia perceptiva en relación con el objeto percibido. Por otra parte, es espontánea y creadora; sostiene, mantiene por medio de una creación continua las cualidades sensibles de su objeto. En la percepción, el elemento propiamente representativo corresponde a una pasividad de la conciencia. En la imagen, este elemento, en o que tiene de primero y de incomunicable, es el producto de una actividad consciente, está atravesado de una a otra punta por una corriente de voluntad creadora. Como consecuencia, el objeto en imagen siempre es la conciencia que se tiene de él. Esto es lo que hemos llamado fenómeno de casi-observación. Tener vagamente conciencia de una imagen es tener conciencia de una imagen vaga. Estamos, pues, muy lejos de Berkeley y de

Hume, que declaran imposibles las imágenes generales, las imágenes indeterminadas. Pero estamos plenamente de acuerdo con los sujetos de Watt y Messer.

“Veía –dice el sujeto I— algo parecido a un ala”. El sujeto II ve una cara que no sabe si es de un hombre o de una mujer. El sujeto I ha tenido “una imagen aproximada de un rostro humano; una imagen típica, no individual”¹².

El error de Berkeley ha consistido en prescribir para la imagen unas condiciones que son únicamente válidas para la percepción. Una liebre vagamente percibida es en sí una liebre determinada. Pero una liebre objeto de una imagen vaga es una liebre indeterminada.

La última consecuencia de lo que precede es que la *carne* del objeto no es la misma en la imagen y en la percepción. Entiendo por “carne” la contextura íntima.

31

Los autores clásicos nos dan la imagen como una percepción menos viva, menos clara, pero igual a la otra por su carne. Sabemos ahora que es un error. El objeto de la percepción está constituido por una multiplicidad infinita de determinaciones, precisamente aquéllas de que tenemos conciencia. Por lo demás, estas determinaciones pueden mantenerse sin relación entre sí, si no tenemos conciencia de que mantienen relación entre sí. De aquí que en el objeto de la imagen haya una discontinuidad en lo más profundo de su naturaleza, algo que tropieza, unas cualidades que se lanzan hacia la existencia y que se detienen a mitad de camino, una pobreza esencial.

Aún tenemos mucho que aprender. La relación entre la imagen y su objeto, por ejemplo, sigue siendo muy oscura. Hemos dicho que la imagen era conciencia de un objeto. El objeto de la imagen de Pedro, como hemos dicho, es Pedro de carne y hueso, que actualmente se encuentra en Berlín. Pero, por otra parte, la imagen de Pedro que tengo ahora me lo muestra en su casa, en su habitación de París, sentado en un sillón que conozco perfectamente. Entonces, podríamos preguntarnos, ¿el objeto de la imagen es el Pedro que vive actualmente en Berlín, o es el Pedro que el año pasado vivía en París? Y si seguimos afirmando que es el Pedro que vive en Berlín, habría que explicar la paradoja: ¿por qué y cómo la conciencia con imágenes rata de alcanzar al Pedro de Berlín a través del que vivía el año pasado en París?

Pero de momento sólo conocemos la estática de la imagen; no podemos formular todavía la relación entre la imagen y su objeto: antes tenemos que describir la imagen

31

como actitud funcional.

¹² Messer, citado por Burloud, *La Pensée d'après les recherches expérimentales de Watt, de Messer et de Bühler* (El pensamiento según las investigaciones experimentales de Watt, de Messer y de Bühler).

